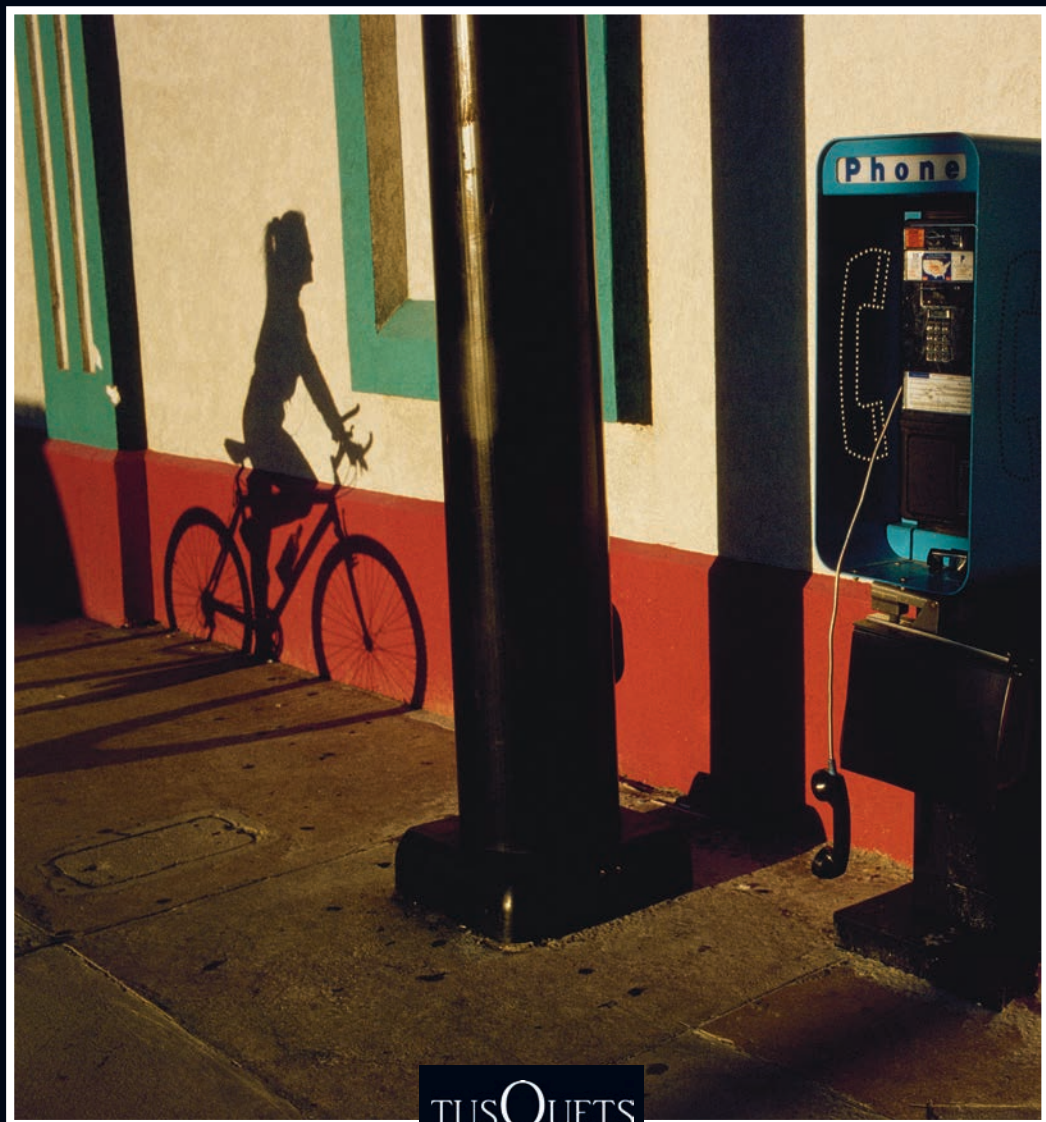


M.O. Walsh

SOL ROBADO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

M.O. WALSH
SOL ROBADO

Traducción de Victoria Alonso Blanco

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *My Sunshine Away*

1.ª edición: enero de 2017

© 2015 by M.O. Walsh. Publicado por acuerdo con G.P. Putnam's Sons, sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC

De la traducción: © Victoria Alonso Blanco, 2017
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-361-5
Depósito legal: B. 128-2017
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Hubo cuatro sospechosos de la violación de Lindy Simpson, un delito que se cometió justo en la acera de Piney Creek Road, en la misma acera donde unos años antes nuestros padres habían grabado sus iniciales, ilusionados con ser los primeros residentes de la urbanización Woodland Hills que vivían en una calle con todas las parcelas edificadas. Ese delito no habría podido cometerse a plena luz del día, cuando los niños correteaban por el vecindario montados en sus estruendosos karts o jugaban a la puerta de sus casas coloreando dibujos con tiza sobre el pavimento o persiguiendo a las culebras hasta las alcantarillas. De noche, en cambio, las calles de Woodland Hills se quedaban desiertas y silenciosas, excepto por el gozoso croar con que las ranas recibían a los escuadrones de mosquitos procedentes de los pantanos que se extendían por detrás de nuestras casas.

La noche de autos, sin embargo, a la vuelta de la esquina en penumbra, bajo la primera farola rota en la historia de Piney Creek Road, sí había alguien, un hombre, o tal vez un chico, con una cuerda larga en la mano. Ese hombre, o ese chico, ató un cabo al mástil de la farola rota junto a la calzada y se enrolló el otro cabo a una mano. Creyendo que nadie lo veía, se escondió luego junto a la casa del viejo Casemore, entre los oscuros arbustos de azaleas, tiró de la cuerda tras de sí como si fuera un rabo, y allí agazapado probó tal vez una o dos veces a tensar la cuerda tendida sobre la acera. Y luego ese hombre, o ese chico, que conocía bien las costumbres de Lindy Simpson, aguardó hasta oír el traqueteo de la bicicleta Schwinn de la chica, con su sillín en forma de plátano, doblando la esquina.

Hay algo que es preciso que sepas: en Baton Rouge, Luisiana, hace mucho calor.

Ni siquiera la caída de la noche brinda tregua alguna. Aquí no hay brisas que barran las oscuras marismas y servidumbres de paso, ni lluvias que refresquen el aire. Aquí, si llueve, la poca agua que pervive no hace sino hervir sobre el pavimento, empañarte las gafas o sofocarte. De manera que ese hombre, o ese chico, que fue a agazaparse entre los arbustos, lo hizo sin duda empapado de sudor, acribillado con certeza por los mosquitos. Aquí los mosquitos te devoran. Te comen vivo. Cabe pues plantearse si ese individuo no habría renunciado a un acto de semejante violencia de haber vivido en un clima más benigno. En mi opinión, no es ocioso preguntarse, al pensar en ese hombre o ese chico agazapado entre los arbustos, si quizá un soplo de brisa fresca lo habría apaciguado, si habría templado su ánimo, si lo habría disuadido.

Pero no fue así.

De manera que el acto se cometió en la oscuridad, casi en silencio, bajo el calor, y Lindy Simpson apenas conservaba un vago recuerdo de la súbita aparición de una cuerda ante su bicicleta, el brusco tirón de una soga trenzada oprimiéndole el pecho y poca cosa más. Meses después, tras muchas sesiones de terapia, rememoraría también que después de que ella cayera al suelo, la bicicleta siguió avanzando sola. Recordaría que no llegó siquiera a verla volcarse porque al instante le embutieron aquel calcetín en la boca y le aplastaron la cara contra el césped. El peso al caer sobre su espalda. El asfalto raspándole las rodillas. Eso también lo recordaría. Después el susurro al oído de una voz que no reconoció. Luego un golpe en la coronilla.

Lindy tenía quince años.

Era el verano de 1989 y no se practicó ninguna detención. No te creas lo que cuentan las películas de detectives de hoy día. Nadie vino con unas pinzas a extraer ningún pelo del jardín del viejo Casemore. No se envió ningún fragmento de cuerda a ningún laboratorio. Tampoco se obtuvo ninguna muestra de ADN de entre las piedrecitas del pavimento. Y si bien los habitantes de Woodland Hills respondieron de buen grado a todas las pregun-

tas que la policía les formuló en un primer momento, y trataron de ser lo más serviciales posible, no se halló ninguna prueba inmediata digna de mención.

La identidad de los cuatro sospechosos principales se mantuvo en secreto y no se imputaron cargos; la violación había ocurrido de un modo tan rápido, en aparente ausencia de testigos además, que lo sucedido empezó a desvanecerse en cuanto Lindy Simpson volvió en sí aquella noche y, tras empujar la bicicleta hasta su domicilio, a sólo cuatro puertas de distancia del lugar de los hechos, la dejó en el lugar de costumbre. Y continuó desvaneciéndose cuando entró por la puerta trasera de su casa, subió las escaleras y se metió en el cuarto de baño, donde se duchó a quién sabe qué temperatura.

Cuando lo pienso, unas veces imagino esa agua hirviendo. Otras, helada.

En cualquier caso, aquella noche Lindy no bajó a cenar.

Sus padres debieron de suponer que estaba de cháchara al teléfono con sus amigas, enredando el cable entre sus jóvenes deditos, hasta que su madre, Peggy, hizo la habitual ronda nocturna por las habitaciones con el canasto de la ropa sucia. Vio entonces unas braguitas tiradas en el cuarto de baño, manchadas de sangre de color rojo vivo, y junto a ellas, una sola zapatilla de deporte. La otra, una Reebok de color azul, no la encontró.

A esas alturas, su hija Lindy yacía acurrucada en su cama, sin conocimiento.

Una cama que esa misma mañana había pertenecido a una niña.

Ha llegado el momento de decirte que yo era uno de esos sospechosos.

Pero escúchame.

Déjame que te explique.